

Lo que Pueden y No Pueden Hacer los Colaboradores



Charles H. Spurgeon

El Púlpito del Tabernáculo Metropolitano

Lo Que Pueden y Lo Que No Pueden Hacer los Colaboradores

Nº 1603

Un sermón predicado la mañana del Domingo 12 de Junio de 1881 por Charles Haddon Spurgeon. En el Tabernáculo Metropolitano, Newington, Londres.

“Decía además: Así es el reino de Dios, como cuando un hombre echa semilla en la tierra; y duerme y se levanta, de noche y de día, y la semilla brota y crece sin que él sepa cómo. Porque de suyo lleva fruto la tierra, primero hierba, luego espiga, después grano lleno en la espiga; y cuando el fruto está maduro, en seguida se mete la hoz, porque la siega ha llegado.”

— Marcos 4: 26-29.

El domingo pasado, nuestro tema versó sobre los colaboradores en la labranza de Dios y sobre su gran Señor; y luego procuramos mostrar en qué medida es necesaria la intervención humana en la obra del Evangelio. Vimos también cómo dependen enteramente de Dios todos los santos resultados, pues ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios, que da el crecimiento. Tenemos un tema muy parecido esta mañana, excepto que profundiza un poco más, y muestra más plenamente hasta dónde puede llegar un colaborador, y dónde debe detenerse; dónde puede entrar un hombre con santa diligencia, y en dónde ninguna obra humana debe inmiscuirse de ninguna manera. En esta ocasión, nuestro tema será principalmente la medida y el límite de la mediación humana en el reino de la gracia. Si somos enseñados por el Espíritu de Dios, encontraremos que esta Escritura está llena de instrucción sobre el tema.

Es notable que la parábola que tenemos delante de nosotros, es exclusiva de Marcos. Ningún otro evangelista la ha registrado, pero no la consideramos menos importante por eso. Si nos hubiera sido narrada cuatro veces, nos habría encantado oír la repetición, y le habríamos concedido una

atención cuádruple; pero como nos es narrada una sola vez, prestaremos una mayor atención a una voz que habla de una vez por todas. Nos alegra que el Espíritu Santo haya conducido a Marcos a conservar esta perla, dentro de las muchas cosas excelentes que dijo nuestro Señor, pero que se han perdido. Juan nos informa que si se hubiera preservado un registro de todas las cosas que hizo Jesús, se habría constituido una biblioteca tan grande, que ni aun en el mundo hubieran cabido todos los libros que se habrían podido escribir. Muchas de las cosas que Jesús dijo anduvieron circulando, sin duda, por un tiempo, y se fueron olvidando gradualmente, y tenemos que agradecer al Espíritu de Dios, por perpetuar este símil, por mano de Su siervo Marcos. Preservada en el ámbar de la inspiración, esta instrucción excelente es invaluable.

Aquí encontramos una lección para los que plantan: para los jornaleros en la labranza de Dios. Es una parábola para todos los que están involucrados en el reino de Dios. Es de poco valor para los que están en el reino de las tinieblas, pues a ellos no se les pide que siembren la buena semilla: “Pero al malo dijo Dios: ¿qué tienes tú que hablar de mis leyes?” Mas todos los que son súbditos leales del Rey Jesús, todos los que son comisionados a esparcir la semilla para el Labrador Real, estarán contentos de saber cómo avanza el reino, contentos de saber cómo se está preparando la cosecha para Él, a quien sirven. Escuchen, entonces, ustedes que siembran junto a todas las aguas; ustedes que, con santa diligencia, buscan llenar los graneros de su Dios, escuchen, y que el Espíritu de Dios hable a sus oídos en la medida su capacidad.

I. Primero, aprenderemos de nuestro texto, LO QUE PODEMOS HACER Y LO QUE NO PODEMOS HACER. Que esto nos sirva como primer encabezado.

“Así es el reino de Dios, como cuando un hombre echa semilla en la tierra”: esto puede hacerlo el obrero que tiene la gracia. “Y la semilla brota y crece sin que él sepa cómo”: esto es lo que no puede hacer, pues pertenece a un poder superior. El hombre no puede hacer que la semilla brote ni crezca; él está fuera del huerto en ese respecto, y puede irse a casa “y duerme y se levanta, de noche y de día.” Una vez que la semilla es sembrada, está más allá la jurisdicción humana. Está bajo el cuidado divino.

Sin embargo, pronto el obrero entra otra vez en acción: “Cuando el fruto está maduro, en seguida se mete la hoz.” A su tiempo segaremos, y es tanto nuestro deber como nuestro privilegio hacerlo. Pueden ver, entonces, que hay un lugar para el jornalero al principio, y aunque no hay espacio para él en la etapa intermedia, otra oportunidad le es brindada más adelante, cuando lo que sembró, efectivamente ha producido un fruto.

Noten, entonces, que nosotros podemos sembrar. Cualquier hombre que haya recibido el conocimiento de la gracia de Dios en su corazón, puede enseñar a otros. Incluyo bajo el término “hombre” a todos los que conocen al Señor, sean varones o mujeres. No todos podemos enseñar de igual manera, pues no todos recibimos los mismos dones; a uno le es dado un talento, y a otro, diez. Tampoco tenemos todos las mismas oportunidades, pues uno vive en la oscuridad, y otro tiene una influencia de gran alcance. Sin embargo, no hay en la familia de Dios una mano infantil, que no pueda echar su propia semillita al suelo. No hay ningún hombre en medio de nosotros que necesite quedarse en la plaza desocupado, pues le está aguardando un trabajo adaptado a su fuerza. No hay una mujer salva que no tenga su santa tarea. Que la haga y gane la palabra de aprobación. “Esta ha hecho lo que podía.” Algo del servicio sagrado está al alcance de la capacidad de cualquiera, ya sea de la madre de familia, de la niñera con el bebé, del muchacho en la escuela, del obrero en su banco de trabajo, o de la enfermera junto al lecho del enfermo. Aquellos con el menor rango de oportunidades, pueden, sin embargo, hacer algo por Cristo y por Su causa. La preciosa semilla de la palabra de Dios es pequeña como un grano de mostaza, y puede ser transportada por la mano más débil, al lugar donde se multiplicará a ciento por uno.

No necesitamos altercar nunca con Dios porque no podemos hacerlo todo, porque solamente nos permita hacer esta única cosa, pues plantar la buena semilla es una obra que requerirá de todo nuestro talento, de nuestra fortaleza, de nuestro amor, de nuestro cuidado. La siembra de la santa semilla puede muy bien ser adoptada como nuestra ocupación más sublime, y no es un propósito inferior para la vida más noble que pueda ser llevada. Necesitarán de la enseñanza celestial para poder seleccionar cuidadosamente el trigo, y protegerlo de la cizaña del error. Debemos incluso tamizar nuestros propios pensamientos y opiniones, pues podrían no

ser conformes a la mente de Dios. Los hombres no son salvados por nuestra palabra, sino por la palabra de Dios. Estamos obligados a conocer el Evangelio, y a enseñarlo completo. Debemos exponer a diferentes personas, con discreción, esa parte de la palabra de Dios que ataña más a sus conciencias; pues mucho dependerá que la palabra sea a tiempo, y no una frase casual lanzada al azar. Tendremos una tarea suficiente si examinamos cuidadosamente el saco de las semillas, no vaya a ser que sembremos cizaña juntamente con el trigo, o arrojemos insensiblemente la buena semilla, en lugares en los que servirá de alimento a los pájaros perversos.

Habiendo seleccionado la semilla, tendremos bastante trabajo si salimos y la esparcimos abundantemente por todas partes, pues cada día trae su oportunidad, y toda compañía depara una ocasión. “Por la mañana siembra tu semilla, y a la tarde no dejes reposar tu mano.” “Dichosos vosotros los que sembráis junto a todas las aguas.” Imiten al sembrador de la parábola, que no era tan ahorrativo como para arrojar la semilla sólo donde, de conformidad a su juicio, había buena tierra, sino que, sintiendo que tenía otra ocupación para su criterio, además de seleccionar el suelo, arrojaba la semilla a diestra y siniestra conforme avanzaba, y no dejaba de echarla incluso en pedregales y entre espinos. Ustedes, queridos compañeros jornaleros, tendrán suficiente quehacer si en todo momento, y en todo lugar, conforme lo sugieran la prudencia y el celo, esparcen abundantemente la palabra viva del Dios vivo.

Además, los sembradores sabios descubren oportunidades favorables para sembrar, y se aprovechan de ellas con regocijo. Hay momentos en los que, claramente, será un desperdicio sembrar, pues el terreno no puede recibir la semilla, ya que no tiene la condición apropiada. Después de un aguacero, o antes de un aguacero, o en el momento preciso que alguien que haya estudiado agricultura sabrá identificar, entonces es cuando hay que estar activo y sembrando. De tal manera que, aunque debemos trabajar siempre para Dios, hay ocasiones en las que estaríamos echando perlas a los cerdos, si habláramos de las cosas santas. Y hay otros momentos en los que, si fuésemos indolentes, constituiría un vergonzoso desperdicio de las ocasiones propicias. Los que son holgazanes cuando es tiempo de arar y de sembrar, son verdaderamente holgazanes, pues no sólo desperdician el día, sino que malgastan el año. Si ustedes miran con atención a las almas, y usan

las horas de feliz oportunidad, y los momentos de sagrado ablandamiento, no se quejarán de un reducido espacio asignado para su obra. Aun si no eres llamado a regar o a cosechar nunca, tu oficio es lo suficientemente amplio si cumples con la obra de sembrar.

Por poco que parezca enseñar la sencilla verdad del Evangelio, es algo esencial. ¿Cómo oirán los hombres sin un maestro? La labranza no produce nunca una cosecha sin una siembra. La mala hierba crece sin nuestra ayuda, mas no así el trigo o la cebada. El corazón humano es tan depravado, que naturalmente producirá el mal en abundancia, y Satanás no desaprovechará la ocasión para sembrar la mala semilla; pero si el alma del hombre va a producir fruto para Dios, la semilla de la verdad debe ser arrojada en ella desde afuera.

Siervos de Dios, la semilla de la palabra no es como el vilano del cardo, que es arrastrado por cualquier viento, ni como ciertas semillas, que son transportadas en el aire por sus propios paracaídas, aquí, y allá, y acullá, mas el trigo del reino necesita de una mano humana para que pueda ser sembrado, y sin tal intermediación, no entrará en el corazón de los hombres, ni tampoco producirá fruto para la gloria de Dios. La predicación del Evangelio es una necesidad de cada época. Que Dios nos conceda que nuestro país no sea nunca privado del Evangelio. Aun si el Señor nos enviara una carestía de pan y de agua, que no nos envíe nunca una carestía de la palabra de Dios. La fe es por el oír, y, ¿cómo oirán sin haber quién les predique? Esparzan ustedes, esparzan ustedes, entonces, la semilla del reino, pues esto es esencial para la cosecha. La difusión del Evangelio no es algo que ustedes puedan hacer o no, conforme les plazca, sino que es un deber perentoriamente necesario, y si lo descuidan, es bajo su propio riesgo. Ustedes pueden sembrar la semilla, y la semilla tiene que ser sembrada.

La semilla debe ser sembrada a menudo, pues los tiempos son tales, que no basta con una siembra. Siembren una y otra vez, pues muchos son los enemigos del trigo, y si no repitieran su siembra, puede ser que nunca vean una cosecha. La semilla debe ser sembrada en todas partes, también, pues no existen determinados rincones del mundo que podamos darnos el lujo de descuidar, en la espera de que sean productivos por sí mismos. No pueden descuidar a las personas ricas e inteligentes bajo la premisa de que, en

verdad, el Evangelio será descubierto de alguna manera en medio de ellos, pues no es así: el orgullo de la vida los conduce lejos de Dios. No pueden descuidar a los pobres e ignorantes, diciendo: “ciertamente, ellos por sí solos sentirán su necesidad de Cristo.” No es así: se hundirán de degradación en degradación, a menos que ustedes los levanten con el Evangelio. Ninguna tribu de hombres, ninguna constitución peculiar de la mente humana, pueden ser descuidadas por nosotros. Tenemos que predicar la palabra por todas partes, a tiempo y fuera de tiempo.

He escuchado que el Capitán Cook, el celebrado circunnavegador, fue en ciertos aspectos, un admirable ejemplo para nosotros. Dondequiera que desembarcaba, a cualquier parte del orbe terráqueo que iba, tomaba con él un pequeño paquete de diversas semillas inglesas, y se le observaba a menudo, esparciendo las semillas en los lugares apropiados. Dejaba su barco y deambulaba por la costa. No le decía nada a nadie, pero reposadamente esparcía las semillas inglesas dondequiera que iba, de tal forma que cubrió al mundo de flores y de hierbas procedentes de su tierra natal. Imítelo dondequiera que vayan; siembren la semilla espiritual en cada lugar que pise su pie. Algunos de ustedes estarán muy pronto junto al mar, o escalando las montañas de Suiza, o en otras regiones de la tierra, en busca de variedad y belleza; porten con ustedes las simientes celestiales, y no se satisfagan a menos que dejen caer, en cada lugar, un grano o dos que puedan producir fruto para su Dios. Esto es lo que pueden hacer; pongan interés en hacerlo.

Consideremos, ahora, lo que ustedes no pueden hacer. Ustedes no pueden, una vez que la semilla ha salido de sus manos, hacer que produzca vida. Estoy seguro que no pueden hacer que crezca, pues ustedes no saben cómo crece. El texto dice: “Y la semilla brota y crece sin que él sepa cómo.” Eso que está más allá del alcance de nuestro conocimiento, está ciertamente más allá del alcance de nuestro poder. ¿Pueden hacer que una semilla germine? Podrán colocarla bajo circunstancias de humedad y calor que causen que se hinche y dé paso a un brote, pero la germinación misma, está más allá de ustedes. ¿Cómo se lleva a cabo? No lo sabemos. Después que el embrión ha brotado, ¿pueden hacerlo crecer más, y que desarrolle su vida hasta tener hojas y tallo? No; eso, también, está fuera de su poder. Y cuando a la hoja de hierba verde le sigue la espiga, ¿pueden hacer que

madure? Madurará; pero, ¿pueden lograrlo ustedes? Saben que no pueden; no pueden intervenir en el proceso real, aunque puedan promover las condiciones bajo las cuales se produce. La vida es un misterio. El crecimiento es un misterio. La maduración es un misterio. Y estos tres misterios son como fuentes selladas contra toda intrusión. ¿Cómo llega a suceder que haya dentro de la semilla madura las preparaciones para otra siembra y para otro crecimiento? ¿Cuál es este principio vital, esta secreta energía reproductora? ¿Sabes algo acerca de todo esto? El filósofo afirma que puede explicar la vida y el crecimiento, y de inmediato, de conformidad al proceso ordinario de la filosofía, te embaucará con términos que son menos entendibles que la plática ordinaria de los infantes; y, luego dirá: “¡Allí está todo el asunto! Está lo más claro posible.” Él encubre su ignorancia con una jerga enrevesada, que luego llama sabiduría. Hasta este día sigue siendo verdad, en lo relativo al crecimiento de las semillas más comunes: “Crece sin que él sepa cómo.” El científico habla acerca de las combinaciones químicas y las permutaciones físicas, y procede a citar analogías de esto y de aquello; pero, aun así, el crecimiento de la simiente sigue siendo un secreto, pues crece “sin que él sepa cómo.”

Ciertamente, esto es válido en relación al brote y al progreso de la palabra de Dios en el corazón. Entra en el alma y se arraiga sin que tú sepas cómo. Naturalmente los hombres odian la palabra, pero entra y cambia el corazón, de tal forma que terminan amándola, aunque no sabemos cómo. Su naturaleza entera es renovada, de tal forma que en lugar de producir pecado, genera arrepentimiento, fe y amor, pero no sabemos cómo. Cómo es que el Espíritu de Dios trata con la mente del hombre, cómo crea el nuevo corazón y el espíritu recto, cómo somos engendrados de nuevo a una esperanza viva, cómo nacemos del Espíritu, no podemos decirlo. El Espíritu Santo entra en nosotros; no oímos Su voz, no vemos Su luz, no sentimos Su roce; sin embargo, Él obra una obra eficaz en nosotros, que no nos toma mucho tiempo percibir. Sabemos que la obra del Espíritu es una nueva creación, una resurrección de los muertos; pero todas estas palabras son únicamente fundas que cubren nuestra total ignorancia sobre el modo de Su operación, en el que no tenemos ninguna ingerencia. No sabemos cómo ejecuta Sus milagros de amor, y, no sabiendo cómo obra, podemos estar muy seguros que no podemos quitarle la obra de Sus manos. No podemos crear, no

podemos revivir, no podemos transformar, no podemos regenerar, no podemos salvar.

Habiéndose manifestado esta obra de Dios en el crecimiento de la semilla, ¿qué sigue? Nosotros podemos cosechar las espigas maduras. Después de un tiempo, Dios el Espíritu Santo usa nuevamente a Sus siervos. Tan pronto como la simiente viva ha producido, primero que nada, toda la hierba del pensamiento, y luego la verde espiga de la convicción de pecado, y luego la fe, que es como grano lleno en la espiga, entonces el obrero cristiano regresa para prestar un servicio adicional, pues él puede segar. “Cuando el fruto está maduro, en seguida se mete la hoz.” Esta no es la siega del último gran día, pues esa no viene dentro del alcance de esta parábola, relacionada evidentemente a un sembrador y a un segador humanos. El tipo de siega que tiene en mente el Salvador aquí, es la que mencionó cuando dijo a Sus discípulos: “Alzad vuestros ojos y mirad los campos, porque ya están blancos para la siega.” Después que estuvo sembrando la semilla en los corazones de los samaritanos, y que la semilla brotó, de tal manera que evidenciaron fe en Él, el Señor Jesús clamó: “Mirad los campos, porque ya están blancos para la siega.” El apóstol dijo: “Uno es el que siembra, y otro es el que siega.” Nuestro Señor dijo a los discípulos: “Yo os he enviado a segar lo que vosotros no labrasteis.” ¿Acaso no hay una promesa: “A su tiempo segaremos, si no desmayamos”?

Los obreros cristianos comienzan su labor de cosecha observando, cuidadosamente, para detectar cuándo evidencian los hombres señales de fe en Cristo. Están ávidos de ver la hierba y encantados de detectar la espiga que madura. Con frecuencia esperan que los hombres sean creyentes, pero anhelan estar seguros de ello: y cuando juzgan que finalmente el fruto de la fe ha brotado, comienzan a animar, a congratular, y a consolar. Ellos saben que el joven creyente necesita ser alojado en el granero del compañerismo cristiano, para que pueda ser salvado de mil peligros. Ningún granjero sabio deja el fruto del campo expuesto imprudentemente al granizo que puede aplastarlo, o al moho que puede destruirlo, o a los pájaros que pueden robarlo. Evidentemente, ningún creyente debe quedar fuera del granero de la santa comunión, sino que tiene que ser llevado al medio de la iglesia con todo el gozo que acompaña a las espigas, cuando son traídas a casa. El obrero de Cristo vigila cuidadosamente, y cuando discierne que su tiempo

ha llegado, comienza de inmediato a meter a los convertidos, para que puedan ser cuidados por la hermandad, separados del mundo, resguardados de la tentación, y atesorados para el Señor.

Es diligente para hacerlo de inmediato, porque el texto dice: “En seguida se mete la hoz.” No espera durante meses en una fría sospecha; no teme alentar demasiado pronto cuando la fe está realmente presente. Viene de inmediato con la palabra de la promesa y la sonrisa del amor fraternal, y pregunta al nuevo creyente: “¿has confesado tu fe? ¿No ha llegado el momento de una confesión abierta? ¿No le ha ordenado Jesús al creyente que sea bautizado? Si le amas, guarda Sus mandamientos.” No descansa hasta haber introducido al convertido a la comunión de los fieles. Pues nuestro trabajo, hermanos, no está concluido sino a medias cuando los hombres son hechos discípulos y bautizados.

Entonces, tenemos que alentar, instruir, fortalecer, consolar y socorrer en todos los momentos de dificultad y de peligro. ¿Qué dijo el Salvador? “Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado.”

El segador es el hombre que reúne a los convertidos, y desempeña un honorable y útil oficio. Si yo predico el Evangelio hoy, y algunos son convertidos, yo seré el sembrador; pero si yendo de camino a casa, a sus respectivas aldeas de donde provienen, ustedes entraron aquí como extraños, luego serán recibidos en sus iglesias por sus propios pastores, y ellos estarán segando lo que yo he sembrado. Yo no envidio a mi hermano ministro por su éxito en reunir a los convertidos, sino que me regocijo con él. El sembrador y el segador pueden muy bien regocijarse juntos, pues nuestra obra es una, y trabajamos para un Señor.

Observen, entonces, la esfera de la mediación. Nosotros podemos introducir a los hombres a la verdad, pero el Señor mismo tiene que bendecir esa verdad; la vida y el crecimiento de la palabra dentro del alma, son únicamente la operación de Dios. Cuando la obra mística del crecimiento esté hecha, podemos introducir a los salvos a la iglesia. Traerlos a la comunión de los fieles es nuestro trabajo, y no debemos dejar de hacerlo. Que Cristo sea formado en los hombres, la esperanza de gloria,

no es obra nuestra, sino que sigue siendo de Dios; pero cuando Jesús es formado en ellos, discernir la imagen del Salvador y decir: “entra, bendito del Señor, ¿por qué te quedas fuera?”, es nuestro deber y deleite. Crear la vida divina es de Dios, y alimentarla, nos corresponde a nosotros. Hacer que la vida escondida crezca en secreto es la obra del Señor; ver el levantamiento y el perfeccionamiento de esa vida, y regocijarse en eso, es la obra de los fieles, según está escrito, “Cuando el fruto está maduro, en seguida se mete la hoz, porque la siega ha llegado.”

Esta, entonces, es nuestra primera lección; vemos lo que podemos hacer y lo que no podemos hacer.

II. Nuestro segundo encabezado es semejante al primero, y consiste en LO QUE PODEMOS SABER Y LO QUE NO PODEMOS SABER.

Primero, lo que podemos saber. Podemos saber que, cuando hemos sembrado la buena semilla de la palabra, crecerá; pues Dios ha prometido que así será. No cada grano en cada lugar; pues algunos granos irán a los pájaros, y otros al gusano, y algunos serán quemados por el sol; pero como regla general, la palabra de Dios no regresará a Él vacía, sino que prosperará en aquello para lo que la envió. Esto sabemos. Y podemos saber que la semilla, una vez que ha echado raíces, continúa creciendo; que no es un sueño o un cuadro que desaparecerá, sino un elemento de fuerza y de energía, que pasará de ser una hoja de hierba, a grano en la espiga, y con la bendición de Dios, se convertirá en una salvación real, y será como “grano lleno en la espiga.” Con la ayuda y la bendición de Dios, nuestro trabajo de enseñanza, no sólo conducirá a los hombres al pensamiento y convicción de pecado, sino a la conversión y a la vida eterna.

También podemos saber, ya que somos informados al respecto, que la razón para esto es, primordialmente, porque hay vida en la palabra. En la propia palabra de Dios hay vida, pues está escrito: “La palabra de Dios es viva y eficaz.” Es “simiente incorruptible que vive y permanece para siempre.” La semillas vivas, crecen por naturaleza, y la razón por la cual la palabra de Dios crece en los corazones de los hombres, es por ser la palabra viva del Dios vivo, y donde está la palabra de un rey, hay poder. Sabemos esto, porque las Escrituras nos lo enseñan. ¿No está escrito: “El, de su voluntad, nos hizo nacer por la palabra de verdad”?

Además, la tierra, que es aquí un tipo del hombre, “de suyo lleva fruto.” Debemos tener cuidado con lo que decimos al explicar esto, pues los corazones humanos no producen fe por sí solos; son como una dura roca sobre la cual perece la semilla. Pero quiere decir esto: que como la tierra es llevada a recibir y abrazar la semilla, con la bendición del rocío y la lluvia, y por la obra secreta de Dios en ella, así el corazón del hombre es preparado para recibir y envolver dentro de sí el Evangelio de Jesucristo. Hay algo afín en la tierra con relación a la semilla que es sembrada en ella, de tal manera que la semilla es adoptada y alimentada por el suelo. Lo mismo sucede con el corazón del hombre cuando Dios lo hace honesto y buena tierra. El corazón despierto del hombre necesita exactamente lo que la palabra de Dios provee. Movida por una divina influencia, el alma abraza la verdad, y es abrazada por ella, y así, la verdad vive en el corazón, siendo revivido por ella. El amor del hombre acepta el amor de Dios; la fe del hombre, obrada en él por el Espíritu de Dios, cree la verdad de Dios; la esperanza del hombre, obrada en él por el Espíritu de Dios, se aferra a las cosas reveladas, y así la simiente celestial crece en el suelo del alma.

La vida no sale de quienes predicán la palabra, sino que es colocada por el Espíritu Santo, dentro de la palabra que ustedes predicán. La vida no está en su mano, sino en el hombre mismo que es conducido a asirse de la verdad por el Espíritu de Dios. La salvación no proviene de la autoridad personal del predicador, sino que viene a través de la convicción personal, de la fe personal y del amor personal del oyente. Tú, el sembrador, eres enseñado de esta manera por la parábola, que la vida espiritual y el crecimiento son de Dios, y provienen de la semilla y del suelo, mucho más que de ti. En lo que se refiere a la verdad, su poder intrínseco es el mismo, independientemente de quién la predique. No es porque tal y tal teólogo, a quien Dios ha bendecido, declare el Evangelio, que por eso viva en los corazones de los hombres. Oh, no; es por causa de la verdad misma, y por causa de los corazones mismos que reciben la verdad, por la obra secreta del bendito Espíritu de Dios. Hasta aquí lo que podemos saber, y ¿acaso no es suficiente para todos los propósitos prácticos?

Además, hay un algo que no podemos saber: un secreto que no podemos atisbar. Repito lo que he dicho antes, que no pueden mirar al interior de los hombres, y ver exactamente cómo la verdad se apodera del corazón, o cómo

el corazón se apodera de la verdad. Muchos han observado sus propios sentimientos hasta quedarse ciegos de desaliento, y otros han vigilado los sentimientos de los jóvenes hasta hacerles más daño que bien, por su estricta supervisión. En la obra de Dios hay más espacio para la fe que para la visión. La semilla celestial crece secretamente. Debes enterrarla fuera de la vista, o no habrá ninguna cosecha. Aun si conservaras la semilla sobre la tierra, y llegara a brotar, no podrías descubrir cómo crece; aunque observaras microscópicamente su hinchazón y su estallido, no podrías ver la fuerza vital interna que mueve a la semilla. No podrías atisbar detrás del velo que oculta la obra secreta de Dios en los misterios de la vida y del crecimiento naturales; y en cuanto a la vida divina en el hombre, debe estar escondida para siempre de todas las miradas de los mortales. Podrás ver el resultado de ella, y serás capaz de conocer algo acerca de la forma de su desarrollo; pero el *modus operandi* (modo de operar) real, el misterio secreto y más íntimo del nuevo nacimiento, no será posible ser percibido. No conoces el camino del Espíritu. Su trabajo es obrado en secreto, y tú no sabes de dónde viene ni a dónde va.

“Explicame el nuevo nacimiento,” pide alguien. Mi respuesta es: “experimenta el nuevo nacimiento, y sabrás lo que es.” Hay secretos en los que no podemos adentrarnos, pues su luz es demasiado radiante para que los ojos de los mortales la puedan aguantar. Oh, hombre, tú no puedes volverte omnisciente, pues tú eres una criatura, y no el Creador. Para ti siempre debe haber una región no sólo desconocida sino incognoscible. Tu conocimiento llegará hasta cierto punto, pero no más allá; y puedes dar gracias a Dios que así sea, pues de esta manera Él deja espacio para la fe, y da un motivo para la oración. Clama poderosamente al Gran Obrero para que haga lo que tú no puedes intentar poner por obra, para que así, cuando veas la salvación de los hombres, le des toda la gloria para siempre.

III. En tercer lugar, nuestro texto nos dice QUÉ PODEMOS ESPERAR SI TRABAJAMOS PARA DIOS, Y QUÉ NO PODEMOS ESPERAR. De conformidad a esta parábola, debemos esperar ver fruto. El labrador echa su semilla en el suelo, y la semilla brota y crece, y él puede esperar la cosecha. Yo quisiera decir una palabra que reanimara las expectativas de los obreros cristianos, pues me temo que muchos trabajan sin fe. Si tienen un huerto o un campo, y siembran allí la semilla, se sorprenderían grandemente y se

dolerían mucho si no brotara del todo; pero muchas personas cristianas se contentan con seguir trabajando y no cuentan con un resultado ni siquiera como para esperarlo expectantemente. Esta es una forma lamentable de trabajar: levantar cubetas vacías todo el año. Ciertamente yo debo ver el resultado de mi labor y alegrarme, pues de lo contrario, si no lo veo, mi corazón se quebrantaría si yo fuera un verdadero siervo del grandioso Señor. Debemos esperar resultados: si esperáramos más resultados, veríamos más, pero la falta de expectativas ha sido una gran fuente de fracasos para los obreros de Dios.

Pero no podemos esperar que toda semilla que sembremos, brote al momento en que la sembremos. Algunas veces, gloria sea a Dios, sólo tenemos que predicar la palabra, y al instante los hombres son convertidos: el segador rebasa al sembrador, en tales instancias, pero no siempre sucede así. Algunos sembradores han sido diligentes por años, trabajando ciertas parcelas de terreno, y aparentemente, todo ha sido en vano, hasta que por fin la cosecha ha llegado, una cosecha que, hablando humanamente, nunca se hubiera obtenido si no hubieran perseverado hasta el fin. Este mundo, creo yo, va a ser convertido a Cristo; pero no hoy, ni mañana, talvez tampoco durante mucho tiempo; pero la siembra de los siglos no se está perdiendo, está toda trabajando hacia el gran ultimátum. Una cosecha de setas puede ser producida pronto, pero un bosque de robles no recompensará al que lo sembró, antes que varias generaciones de sus hijos se hayan convertido en polvo. Es nuestro deber sembrar, y esperar una cosecha rápida; pero aún así debemos recordar que “El labrador espera el precioso fruto de la tierra, aguardando con paciencia hasta que reciba la lluvia temprana y tardía,” y nosotros debemos hacerlo también. Debemos esperar resultados, pero no debemos desanimarnos si no los vemos hoy ni mañana.

También debemos esperar ver que la semilla crezca, pero no siempre a nuestra manera. Casi todos nosotros somos como niños, pues todavía no hay muchos padres, y como niños tenemos la propensión a ser impacientes. Su hijito sembró mostaza y berros ayer en su jardincito. Esta tarde el señor Juanito estará removiendo la tierra para ver si la semilla está creciendo. No hay ninguna posibilidad que su mostaza y su berro lleguen a concretarse en algo, pues no los dejará tranquilos lo suficiente, para que crezcan. Lo

mismo sucede con los obreros precipitados; ellos quieren ver el resultado del Evangelio directamente, pues de lo contrario abandonarán la labor, y desconfiarán de la bendita palabra. Aunque la gente haya recibido la palabra en sus mentes y esté considerándola, ciertos predicadores tienen tanta prisa, que no permitirán ningún tiempo para la consideración, ningún espacio para la evaluación del costo, ninguna oportunidad para que los hombres consideren sus caminos y se vuelvan al Señor con pleno propósito de corazón.

Todas las otras semillas se toman su tiempo para crecer, pero la semilla de la palabra debe crecer delante de los ojos del predicador como magia, o pensará que no se ha logrado nada. Tales buenos hermanos están tan ávidos de producir hierba y espigas al instante y en el mismísimo lugar, que tuestan su semilla sobre el fuego del fanatismo, y la semilla no vive del todo. Hacen creer a los hombres que son convertidos, y de esta forma les impiden eficazmente llegar a un conocimiento salvador de la verdad. Estoy solemnemente convencido que a algunos hombres se les impide ser salvos cuando se les dice que ya son salvos, y cuando se les infla con una creencia de perfección, cuando ni siquiera tienen un corazón quebrantado. Tal vez si se les ensañara a esas personas a buscar algo más profundo, no se habrían quedado satisfechas al recibir la semilla sobre un terreno pedregoso; pero ahora, por estar contentas con el brote de la semilla sembrada sobre rocas sin el debido quebrantamiento, muestran un rápido desarrollo, e igualmente un rápido declive y caída. Esperemos con fe que la semilla crezca; pero estemos atentos a ver su avance según la manera del predicador: primero, segundo, tercero; primero la hierba, luego la espiga y después grano lleno en la espiga.

Tú tienes prisa, hermano mío, pero sería mejor mostrar la paciencia de los principios, que el ardor de la pasión. Que todos los hombres tengan prisa por ser salvados, pero que aquellos que están predicando la verdad, se contenten con ver a los hombres convictos de pecado, liberados de la confianza en sí mismos, iluminados para ver la gracia de Dios, y así, conducidos con paso firme a la fe. Algunos de los mejores cristianos no conocen el punto exacto en el cual fueron convertidos; se trató de un proceso gradual, de la hierba verde al grano maduro, y no pueden decir con exactitud cuando se formó en ellos el fruto real de la fe. Algunas de las

mentes más atentas, no son sacudidas de repente a la religión, sino que son llevadas gradualmente a la luz, de la misma forma que el mediodía es alcanzado por grados. Con muchas personas no sucede nada al principio sino un poco de hierba, y no puedes saber si no es más que hierba y hierba solamente; su sentimiento es semejante a una emoción natural causada por el miedo al infierno, y esto podría no llevar a nada eficaz. Luego sigue un poco de fe, formada de tal manera que parece la espiga de la fe, y sin embargo podría ser solo una idea: con tales personas pasa tiempo antes de que muestren la espiga desarrollada de la fe cierta en Jesús. El crecimiento es a menudo, si no generalmente, gradual, y, ¿querríamos alterar el método de obrar de Dios? Podemos esperar que la semilla crezca, pero no todo terreno es igualmente fértil y rápido, y no debemos exigir de Dios, que obre uniformemente al mismo ritmo de velocidad.

También podemos esperar ver que la semilla madure. Nuestra obra conducirá a una fe real, por la gracia de Dios, a aquellos en los que Él ha obrado por Su palabra y Su Espíritu, pero no debemos esperarla perfecta en los inicios. Cuántos errores se han cometido en esta área. Aquí está un joven impresionado, y algún buen hermano experimentado habla con ese joven y le hace preguntas profundas. Menea su experimentada cabeza, y frunce su ceño. Sale a los campos de cultivo para ver cómo están prosperando las cosechas, y aunque es temprano en el año, lamenta que no pueda ver una espiga de trigo; ciertamente, no percibe nada sino pura hierba. “No puedo ver trazas de trigo,” afirma. No, hermano, por supuesto que no puedes; pues no estarás satisfecho con la hoja de hierba como una evidencia de vida, sino que debes insistir en verlo todo plenamente crecido al instante. Si hubieras buscado la hoja de hierba, la habrías encontrado, y te habría llenado de ánimo.

En cuanto a mí, me alegra percibir incluso un débil deseo, un lánguido anhelo, cierto grado de desasosiego, o alguna medida de hartura del pecado, o una sed de misericordia. ¿No sería también sabio de tu parte, permitir que la cosas comenzaran por el principio, y quedarte satisfecho con que sean pequeñas al inicio? Mira la hierba del deseo, y luego vigila por más. Pronto verás algo más que el deseo; pues habrá convicción y determinación, y después de eso una débil fe, pequeña como una semilla de mostaza, pero destinada a crecer. No desprecies el día de las cosas pequeñas. No examines

al bebé recién nacido sobre el calvinismo en sus diferentes matices, para ver si tiene sana doctrina según tu idea de sana doctrina; las probabilidades son diez contra una que estaría lejos de tener sana doctrina, y tú sólo preocuparías a ese pobre corazón, haciéndole preguntas difíciles. Háblale acerca de su condición de pecador, y de Cristo un Salvador, y de esta forma lo regarás, de tal forma que su gracia en la espiga se convertirá en grano lleno. Podría ser que no haya mucho en él que parezca trigo todavía, pero pronto dirás: “¡trigo!, ah, eso es, si sé lo que es el trigo. Este hombre es una verdadera espiga de trigo, y con gusto la colocaré en medio de las gavillas de mi Señor.” Si aplastaras la hierba, ¿de dónde provendrán las espigas? Si cortaras las verdes espigas, ¿dónde encontrarías las espigas maduras? Esperen la gracia en sus convertidos, pero no busquen ver gloria en ellos todavía. Es suficiente que vean que el cielo ha comenzado: no esperen verlo completo en ellos aquí abajo.

Esperen, entonces, hermanos (pues pueden esperarlo), ver una cosecha, pero no esperen descubrir que toda semilla brote. “Eso,” dirá alguno, “es una palabra que desalienta.” Puede ser, pero es una palabra verdadera. Hay un viejo proverbio mundano que dice: “Bienaventurados son aquellos que no esperan nada, pues nunca se desilusionarán.” Yo no creo en ese proverbio, mas creo en una forma moderada del mismo: “Bienaventurados aquellos que no esperan lo irrazonable, pues no lo obtendrán.” Si ustedes, jóvenes, que comienzan a trabajar para Dios, esperan que cada palabra que pronuncien será útil para todos los que la escuchan, no sucederá así, y se desalentarán; por tanto, yo elevaría sus expectativas tan alto como la verdad lo permita, y no más. Yo quisiera que ustedes subieran a la parte más alta de la escalera, pero si los animara a subir más alto, pronto estarían descendiendo por el otro lado, bajo la creencia que siguen ascendiendo. No me gusta ver nunca a un hombre que espere algo que no obtendrá.

Ahora, yo sé que parte de nuestra semilla caerá entre espinos, y parte en pedregales, pero no pierdo la esperanza cuando eso sucede. Cuando predico el Evangelio, no espero que cada persona que lo oye, lo recibirá, porque yo sé que será para estos olor de vida para vida, y para aquellos, olor de muerte para muerte. Yo recojo la red, arrastrándola con todas mis fuerzas; pero yo sé que cuando viene a la costa, contendrá algunas cosas extrañas que no son peces, que tendrán que ser desechadas, y me alegro de todo corazón porque

también habrá en la red un estupendo número de buenos peces. Los resultados de nuestro ministerio en estos días serán una mezcla, lo mismo que lo fueron cuando Pablo predicaba, y algunos creían y algunos no creían; tenemos que estar preparados para eso, y sin embargo, les pido que dejen que sus expectativas sean muy grandes, pues podrán obtener fruto al sesenta o al ciento por uno de la semilla, si Dios está con ustedes, y eso les retribuirá abundantemente, aun si los cuervos y los gusanos se comieran su porción del grano.

IV. El último encabezado es este, A CUÁL SUEÑO SE PUEDEN ENTREGAR LOS JORNALEROS Y A CUÁL NO; pues se dice de este sembrador que duerme y se levanta, de noche y de día, y la semilla brota y crece sin que él sepa cómo. Se afirma que el oficio del agricultor es bueno, porque continúa su dinámica mientras él está en la cama y duerme; y ciertamente nuestro oficio es bueno también, cuando servimos a nuestro Señor, sembrando la buena semilla, pues está creciendo incluso mientras dormimos.

Pero, ¿cómo puede dormirse lícitamente un buen jornalero de Cristo? Yo respondo, primero, que puede dormirse con la tranquilidad nacida de la confianza. Ustedes temen que el reino de Dios no venga, ¿no es cierto? ¿Quién les pidió que temblaran por el arca del Señor? ¿Tienen miedo que los propósitos del infinito Jehová fallen? ¡Debería darles vergüenza! Su ansiedad deshonra a su Dios. Ustedes le degradan al sospechar que pueda fallar. ¿Será derrotada la Omnipotencia? Mejor duérmanse, en vez de hacer el papel de Uza. Descansen pacientemente, la voluntad de Dios se cumplirá, y Su reino vendrá, y Sus escogidos serán salvos, y Cristo verá el fruto de la aflicción de Su alma. Duerman el dulce sueño que Dios da a Sus amados, el sueño de la perfecta confianza, como el que durmió Jesús en la popa del barco cuando era sacudido por la tempestad. La causa de Dios nunca ha estado en peligro, y nunca lo estará; la semilla sembrada está asegurada por la Omnipotencia, y debe producir su cosecha. En paciencia mantengan su alma, y esperen que llegue la cosecha, pues la voluntad de Jehová será prosperada en las manos de Jesús.

También duerman ese sueño que conduce a un feliz despertar de gozosa expectación. Levántense por la mañana y sientan que el Señor está

gobernando todas las cosas, para el cumplimiento de Su propio propósito. Búsqüenlo. Si no duermen, ciertamente no se despertarán refrescados por la mañana, y listos para trabajar más. Si fuera posible que estuvieran levantados toda la noche y comieran el pan de la vigilancia, no serían aptos se presentarse a los servicios que su Señor establece para la mañana; por tanto, tomen su descanso y estén tranquilos, y trabajen con calma y dignidad; pues el asunto está seguro en las manos del Señor.

Toma tu descanso, porque tú has puesto el trabajo en las manos de Dios. Después de que hayas predicado la palabra, acude a Dios en oración, y confíala en la mano de Dios, y luego no te angusties acerca de eso. No puede estar en mejores manos: déjala allí.

Pero no duermas el sueño del descuido. El granjero siembra su semilla, pero no por eso la olvida. Tiene que reparar sus cercas para mantener alejado al ganado; tiene que ahuyentar a los pájaros, quitar maleza o prevenir inundaciones. Aunque no esté sentado para vigilar el crecimiento, tiene muchas otras cosas que hacer. Nunca duerme el sueño de la indiferencia o incluso de la inacción; pues cada estación le hace sus propios requerimientos. Ha sembrado un campo, pero tiene que sembrar otro. Ha sembrado, pero también tiene que cosechar; y una vez completada la cosecha, tiene algo más que hacer. Nunca termina de trabajar, pues en una parte u otra de la labranza se requiere de su trabajo. Su sueño no es sino un interludio que le da fortaleza para continuar en sus ocupaciones. Considera que la parábola nos enseña que no tenemos que entrometernos en el dominio de Dios; pero en lo referente a la obra secreta de la verdad en la mente de un hombre, debemos tomar nuestro descanso, y proseguir nuestro camino, sirviendo a nuestro día y a nuestra generación de conformidad a la voluntad de Dios.

Amados hermanos y hermanas, yo quiero llegar hoy a este punto. “Señor, esta es tu obra. Señor, Tú puedes hacer tu propia obra. Señor, haz Tu obra, te rogamos y te imploramos que la lleves a cabo. Señor, ayúdanos a hacer nuestra obra, tanto al principio del capítulo como al final del capítulo, confiando que Tú no fallarás en la mitad del capítulo, sino que Tú harás Tu obra. Ayúdanos a tener fe en Ti, y a hacer nuestra labor, con la

confianza que Tú estás con nosotros, y que somos colaboradores juntamente Contigo.”

Arriba, hermanos, vayamos al monte, a la cima del Carmelo en este día, vayamos allá arriba y pidamos que Dios envíe una gran lluvia celestial por Su Espíritu. Arriba, Elías; pon tu rostro entre tus rodillas, y clama hasta que tengas la certeza que la nube, aunque muy pequeña al principio, como la palma de la mano de un hombre, cubrirá toda la tierra y regará la tierra con bendiciones. Vayamos arriba y pidamos que Dios elimine todas las dudas que, como langostas, devoran a la iglesia el día de hoy, y que erradique todo amor al pecado y todo rechazo de Cristo, para que a esta hora, en esta misma hora, Dios se glorifique a Sí mismo por la débil mano de Su sembrador, mientras esparce la semilla. Ruego sus oraciones, mis queridos y fieles amigos, en esta tarde y en esta noche, para que la palabra del Señor sea divinamente victoriosa. Yo me hago atrás, para que Dios trabaje, y luego paso al frente para que Dios trabaje por mi medio, y a Él sea la alabanza por siempre. Amén.

